

A PROPÓSITO DE LA ECOLOGÍA: ¿SERÁ LA SOLIDARIDAD PLANETARIA NUESTRA SALVACIÓN?

Cristian Iván García Rincón
Estudiante de Medicina de la Universidad de Caldas
Manizales, 2004-08-05 (Rev. 2004-10-19)

RESUMEN

Los tiempos actuales, gobernados por una falsa ciencia y por la tecnología, instauran una densa bruma sobre el futuro de los seres humanos y, principalmente, sobre los que pertenecemos a los países tercermundistas. Los modelos filosóficos (para el caso, los cartesianos) que fundamentan el orden mundial en el cual nos vemos inmersos, son, a todas luces, deshumanizantes, carentes de magia y de poesía. Bajo éste régimen, se establece la deuda ecológica, y con ello, el empobrecimiento de nuestros pueblos, de nuestra gente, de los sureños y, muy probablemente, el enriquecimiento de los del norte (las "Islas de privilegio"- Borrero Navia). Esto, indudablemente, terminará por afectar la ecología mundial. Ante tales perspectivas, cabe preguntar: ¿qué debemos hacer?, o mejor, ¿qué podemos aún hacer?

PALABRAS CLAVE

Ecología, tecnología, equidad.

ABSTRACT

Actually the future of human beings turns dark because of false science and technology which govern especially in third world countries. Philosophical models (as Cartesians) that rules the whole world order where we all move and live have clearly a lack of humanity and they also show a great lack of magic and poetry. Under these lines previously set up the ecologic debt is established getting people of these countries poorer and probably richer the others from the north countries. Finally this will affect global ecology; so the questions are: What should we do? Or better what can we still do?

KEY WORDS

Ecology, technology, equity.

"PIENSO, LUEGO EXISTO"
René Descartes

Hoy día, en tiempos de desasosiego e intranquilidad, enmarcados en un contexto poco prometedor, agobiados por las penas y por un dejar de ser en el mundo; aquí y ahora, en la recta inicial de un nuevo milenio, bajo el amparo de un nuevo siglo, nuestras ilusiones se desvanecen; a cada día, a cada hora, a cada minuto, incluso, a cada segundo, nuestra vida se deteriora, se degrada más y más, suplica en vano y, lo humano, lentamente, empieza a dejar de vivir, a dejar de existir, se aleja de nosotros, muere.

Muchas veces, sentado en torno a la mesa, en conversaciones informales con amigos, con compañeros de clase o de trabajo, en los bares, en las cafeterías, al interior de las bibliotecas, por las mañanas o por las tardes, tú, como yo, te habrás puesto a pensar en cuan grandioso sería convivir en un mundo ideal y, quizás a ti como a mí, te haya venido a la mente el libro "Utopía" de Tomás Moro, o mejor, hayas recordado aquellos sueños en los que la felicidad, la alegría y el amor son los protagonistas. Tal vez a tu mente hubieren llegado otrora canciones reclamando la libertad, la paz, la igualdad. Todo ello, seguramente, sin importar quien eres, quien seas ni quien llegues a ser, ha, en algún instante, inquietado tu mente, excitado tu pensamiento. Y más allá de eso, te puedo decir sin temor a caer en el error, que en ese mismo momento, has denigrado de tu irrealismo, has despotricado de esas fantasías, de esos sueños, y finalmente, sin mucho debatir al respecto, sin oponer mayor resistencia, has negado la posibilidad de que esa ilusión se materialice, se vuelva realidad; luego, tu mente ha retornado a este mundo del cual, al parecer, es una creación, un molde y, posteriormente, ha vuelto a caer, plácida, bajo los efectos soporíferos de la realidad, de nuestro universo, de tan esquemática y racional vida a la que nos vemos abocados. Tú, probablemente como yo y millones de personas más alrededor del mundo, has caído en esa trampa, la trampa de creer vivir libres en una realidad que no nos pertenece.

Lo social, lo humano, lo verdaderamente digno de admiración en toda nuestra arquitectura, es relegado, dentro de las actuales circunstancias, a un segundo plano y, con ello, nuestro ambiente, nuestra naturaleza, en fin, todo cuanto nos rodea y facilita nuestra subsistencia adopta el valor de un cero a la izquierda, adquiere el estigma de nulidad.

La ciencia actual, fundamentada en parte en la división propuesta por Descartes entre *res cogitans* (cosa pensante) y *res extensa* (cosa tangible, material), ha propuesto desde sus inicios la infortunada separación entre nuestro intelecto y nuestro cuerpo, entre lo que pensamos y lo que somos externamente, dando, eso sí, un sitio privilegiado, desde un comienzo, a la “cosa pensante” y subordinando, desde aquel entonces, la “cosa material”. En ese orden de ideas, no resulta descabellado pensar, imaginar, ni rebatir en torno a la posibilidad de que con esa separación, todo cuanto seamos y podamos llegar a ser, estará en función de los alcances de nuestra mente, estará sujeto a los designios autoritarios que a nivel neuronal se proclamen, dejando de paso nuestro cuerpo y todo lo que materialmente le rodea, en veremos, sin esperanza alguna, casi sumidos en una completa indiferencia. Pero, al parecer y confrontando lo real con esta hipótesis, la situación alcanza niveles mayores, desproporcionadamente más grandes de lo que logramos imaginar, además de colindar con cierta irreversibilidad. El asunto es que, desde el mismo momento en que a partir la ciencia se postula esta desdichada separación, la cognición se subió al trono como soberana y, desde allí, soberbia como ella sola, gobierna todo cuanto no le es igual, es decir, somete a su autoridad todo cuanto posee muestras de materialidad.

La tecnocracia y sus designios nos dominan, nos someten a su nefasto e insidioso mecanicismo, nos absorben y, sencillamente, hacen de nosotros lo que les place. La tecnología y la ciencia, los más grandes enemigos del género humano por estos días, abonan el camino de nuestra perdición; primero nos sustraen la comida (la vida material), y luego, maquiavélicamente, se apoderan de nuestra alma, de nuestro espíritu (la vida inmaterial, la verdadera vida), de todas las artes, de la religión y de la literatura, enceguecen nuestros ojos, nos encausan por el arroyo de la infelicidad, de la desgracia, en fin, acaban adueñándose de nuestra humanidad, y ahora sí, nos dan muerte en el sentido más literal de la palabra.

La mente gobierna, sí, es irrefutable, es un hecho que las cosas son así, no hay vuelta de hoja. Sin embargo, esto no significa que sea un buen gobierno, no señores, no es así, definitivamente no. La *res cogitans*, sólo en una de sus múltiples variables, gobierna; las demás, al igual que sucede con la mayoría, sino con toda la *res extensa*, han quedado aisladas, abandonadas en los insondables dominios del olvido y, con ellos, pernoctan allá, tras las barreras desentrañables del tiempo, la otredad, la magia, las artes, la ecología, es más, se exilia también con ellos la sociedad, la verdadera comunidad de seres humanos. El dominio intelectual que pervive en nuestro mundo no es, ni mucho menos, el indicado; la misma realidad lo dice: pobres y más pobres, por docenas cada día; injusticias a la carta, desempleo, degradación de los hombres, condiciones de vida infrahumanas... en síntesis, la perdición a flor de piel.

Desde el mismo momento que los Hombres aceptaron la incorporación de éste modelo filosófico en la mecánica y en el funcionamiento de la comunidad y a la cabecera de los progresos y de las investigaciones científicas, las cosas no han retornado a la normalidad, si es que podemos llamar normal el estado medianamente natural bajo el cual convivían aquellos humanos de tiempo atrás, con la naturaleza y a partir de allí, con todo el ambiente que les rodeaba. Atrás quedaron los rituales ‘primitivos’ en los cuales se adoraban las bondades de la madre Tierra, atrás también quedó la mística que involucraba el retorno del hombre, con la muerte, al seno de la naturaleza; hoy, esas cosas, tan puramente bellas, tan magníficamente tiernas, no existen; todo ello, pragmáticamente hablando, hace parte de la *res extensa* y, como tal, está condenada a la vacuidad, al sin-sentido. Es más, para muchas de las personas que hoy día nacen, ya ni siquiera existen en el sentido más popular de la palabra.

No obstante, como ya lo he dejado entrever a lo largo de las líneas anteriores: *la res cogitans es demasiado compleja y eso la hace profundamente útil, así como encarecidamente venerable. Esta “cosa pensante” no sólo está hecha de ciencias, de tecnologías, no, está hecha también de gracia, de bondad, de nobleza. La inteligencia también habita allí y, con ésta, la fortaleza y el coraje de los hombres de buena voluntad, dispuestos a renovar el mundo, cueste lo que cueste...*

Dentro de toda esta problemática, toca fondo y será motivo de análisis de ahora en adelante, una situación directamente relacionada con la desprotección que, desde la tecnocracia, se le ha dado al medio ambiente (desde esta óptica, parte de la *res extensa*) en toda la dimensión de la palabra, ésta es, la Deuda Ecológica y su negociación.

Los países más ricos, las superpotencias, las “islas del privilegio”, los del norte, dominan a su antojo, no sólo la economía, sino también la política y el orden social de las costas del sur; en pocas palabras y en el sentido más literal de la palabra, dominan nuestras ecologías (léase estudio de la casa). A partir de este dominio sin compasión, crecen su economía, su nivel, más no su calidad de vida, mejoran sus ingresos, alaban a Baco entre vinos, centros comerciales y burdeles; mientras que, nosotros, los pobres “sureños”, quedamos sumidos en la desesperación, ensombrecidos por la melancolía, con el fantasma de la pobreza y de la necesidad respirando a nivel de nuestra nuca, sin esperanzas, con las metas ocultas por la almohada y la puesta de nuestros pies sobre la tierra, sobre esta tierra tan rica en frutos, pero tan desértica en sueños, en ilusiones, en fantasías (esto, estrictamente refiriéndome a Colombia) y, obviamente, tan estéril en la materialización de los pocos que de ellos

sobrevivan.

No sé a quien inculpar de nuestro bando (y no soy ningún juez para hacerlo); por un lado están los gobernantes, los supuestos adalides del pueblo (que en una gran mayoría son burócratas) y, por el otro, nosotros. No hay más de dónde escoger, o los unos, o los otros, o quizás ambos (?). Duele admitirlo, pero creo que la culpa, no en términos absolutos, pero sí relativos, es compartida por todos; desde el campesino boliviano, pasando por el hermano venezolano y llegando al indígena colombiano (por hablar sólo de una pequeña porción de los países tercermundistas), nos vemos inculcados en tan penosa situación. Está bien que nuestros líderes y las gentes del norte han de cargar con la mayor culpabilidad, eso no lo puedo negar, también acepto que en nuestros pueblos la 'ignorancia', la hambruna y la pobreza, pueden en algo eximir a nuestra gente de muchos de sus 'inocentes actos' (alguien con hambre hace lo que sea por conseguir algo de comer, y también deposita su voto por quien le suministre algo de alimento); pero, no obstante, algo de culpa, por mínima que sea, recae sobre estos hombres, pues, es desde su humanidad, desde esa riqueza innata que reside en los seres humanos, desde donde se brinda la lucha, no sólo por la supervivencia, sino por la renovación de las cosas, por la reafirmación de nuestra especie. Es tal vez este un argumento débil desde la objetividad, pero infalible desde la subjetividad que a todos los seres humanos nos une, que todos compartimos.

Hasta ahora han quedado medianamente analizadas las situaciones de los burócratas (afiliados, sin una razón de ser adecuada a la tecnocracia, pues la mayoría de ellos no tiene el más mínimo conocimiento de ciencias y tecnologías de punta –supongo que muy pocos de ellos tendrán esos saberes-), y de las personas más pobres de nuestra sociedad; pero hasta el momento, el papel desempeñado por la clase media, por los estudiantes estatales, los trabajadores honestos y echados para adelante, no ha quedado todavía claro. Pues bien, muchos de nosotros, ingobernados aún por las tentaciones del consumismo y de una vida 'materialista' en todas sus dimensiones; apegados al poco espíritu que las tecnologías aun nos dejan poseer, con la esperanza puesta en el infinito, mirando al horizonte en una búsqueda perpleja e inacabada de la humanidad, con algo de res cogitans en una variable diferente a la formulada por las ciencias doctrinales de la actualidad, aferrados, como niños, a nuestros cuerpos, a la naturaleza (los bosques, los ríos, y uno que otro animal), creyentes en una sociedad más ilustre, fundamentada en la equidad y el verdadero conocimiento, luchando, a la par, por la humanidad y por la sabiduría; pensamos, sencillamente eso, conspiramos desde los atardeceres, desde los libros y al compás de pañuelos blancos, contra éste orden, contra éste infierno.

Nosotros mismos, si bien (me ha costado algo de trabajo admitirlo) somos privilegiados en ésta sociedad, deseamos ver el día, antes de que el último sol se ponga en nuestras vidas, en que los hombres, aunados por la libertad, la belleza y la igualdad, se constituyan en la efigie de la Utopía, en la materialización del sueño Universal que desde antaño nos desvela: la Humanidad. Sin embargo, como podrán darse cuenta en las calles, en los buses, en todo lugar, hacemos parte de una minoría, pues en nuestro grupo abundan los resignados y los ensoñados con el primer mundo, embadurnados hasta la coronilla por el consumismo y, encarrilados, como trencitos de metrópolis, en el ferrocarril de la desgracia, quizás no para ellos, pero sí para los que les rodeamos.

Ante tales perspectivas es imposible dilucidar una negociación viable, en términos equitativos, entre los países del norte y nosotros sobre la deuda ecológica; todo intento por hacerlo en las actuales circunstancias, se convierte en una lucha de intereses, en la cual, por obra y gracia del mercado, los beneficiados siempre serán los primermundistas (porque tiene plata y, en estos casos, la plata vale mucho) y los perjudicados, (a qué no adivinan quiénes?) nosotros, casi como rindiendo tributo a una predestinación, a una condena que viene innatamente ligada a nosotros: ser pobres, vivir en el sur, habitar en un mundo en el cual lo único que importa es el dinero...

Es posible que haya una solución a la vista, todo es posible. En el Texto: "Hallazgos y desafíos", su autor, Borrero Navia, plantea la posibilidad de que en las personas, tanto en las del Norte como en las del Sur, se genere un conciencia múltiple frente a lo que está acaeciendo ecológicamente en nuestro universo, conciencia ésta que él decide llamar "Solidaridad Planetaria". Desde ese punto de vista, los planteamientos tendientes a provocar una verdadera negociación ecológica habrán de darse, espontáneamente, en un bar, en una biblioteca, en una cafetería, en cualquier parte, asumiendo la pluralidad como su fundamento primario. Esto, obviamente, representa la incorporación en la mecánica del mundo, de una *neo-res cogitans*, cargada de mayores pasiones, sentimientos e, indudablemente, con un espacio reservado para la multiplicidad, la diferencia, en fin, para la expresión prolija de la humanidad. Así, los hombres, todos nosotros, desde los avances de nuestro mundo (sin dejarlos atrás), volveríamos a pensar de verdad, recurriremos de nuevo a los bosques, a disfrutar de los paisajes, a discutir, a debatir, a construir planeta. La relación "cosa pensante" y "cosa material", volvería a sus inicios, es decir, retornaría a la dualidad y, con todo esto, allá, en un tiempo cercano al infinito, nuestros sucesores podrán disfrutar de un mundo como todos los Hombres, desde Adán y Eva, habrán soñado tener, con un aditivo especial: *podrá ser ecológicamente estable...*

Afortunadamente en todo rasgo de maldad, hay nobleza. Sobre toda contradicción, se posa una luz celeste de claridad. Entre las tinieblas, siempre ha de encenderse una antorcha. Es posible que pase mucho tiempo para que ello suceda... Pero siempre sucede...

"Frente a una cierta cohesión o unidad de las concentraciones de poder en el Norte y de las multinacionales, los

ciudadanos del mundo... deberían responder con una estrategia de solidaridad planetaria para defender, en sus propios espacios o localidades, un ideario común en defensa de la humanidad y de la naturaleza". Borrero Navia.

Close Window